

**ACADEMIA MEXICANA
DE LA HISTORIA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE MADRID**



DISCURSO DE RECEPCIÓN DE:

Israel Cavazos Garza

Sillón: 21

12 de junio de 1979

RESPUESTA DEL ACADÉMICO:

Wigberto Jiménez Moreno

El Maestro José Cornejo Franco (1900-1977)

Por *Israel Cavazos Garza*

Señores Académicos. Culto auditorio:

Jamás pasó alguna vez por mi imaginación el que, cultivando la historia local (o microhistoria, como la ha llamado el Dr. Luis González) llegaría a encontrarme en este sitio; ni mucho menos que hubiese de compartir actividades con el Dr. Silvio Zavala, mi maestro en El Colegio de México; el mismo Dr. Luis González, mi ex-condiscípulo en la propia añorada institución; don Carlos Pérez-Maldonado, el Dr. Wigberto Jiménez Moreno y el Lic. Rafael Montejano y Aguiñaga, mis constantes y generosos impulsores; y con los demás integrantes de esta ilustre Academia, todos, también, mis maestros en el sentido lato de la expresión, por cuanto he seguido de cerca, adoptándola como norma, su obra excepcional.

Al serme comunicada oficialmente la designación, expresé por escrito el agradecimiento que ahora de viva voz ratifico.

Surgieron entonces diversos temas, a nivel regional pero de interés nacional, para el discurso de recepción. Entendí que en parte de éste, habría de referirme a mi esclarecido antecesor en el Sillón No 21; pero, al esbozar ideas para hacer su elogio, encontré elementos abundantes para bordar sobre su admirable figura.

Someteré, por tanto, a la consideración de ustedes, algunas referencias en torno a uno de los más limpios y nobles valores intelectuales de provincia: el historiador jalisciense don José Cornejo Franco, de grandísima recordación.

Como colegas bibliotecarios y como compañeros investigadores del pasado regional, nos habíamos intercambiado alguna correspondencia oficial y algunas de nuestras publicaciones. Conocía yo sus obras históricas; seguía de cerca los progresos de su envidiable *curriculum*, pero no le había visto físicamente.

Fue en ocasión de una de las reuniones del Seminario de Cultura Mexicana, en Guadalajara (1957), cuando le traté por vez primera. Desde entonces surgió una firme amistad, afianzada por nuestras inclinaciones afines.

En cuantas asambleas de biblioteconomía o congresos de historia en los cuales asistí posteriormente, en el lapso de veinte años, aunque no coincidiésemos con nuestra asistencia, siempre estuvo presente en la obligada mención que invariablemente se hacía acerca de su extraordinaria labor en uno y otro campos.

En ese mismo lapso de dos décadas, apenas si le visité dos o tres veces. Me recibió con afecto en su despacho de la Biblioteca Pública del Estado, de la capital tapatía; nos comunicamos algunas experiencias e inquietudes y siempre me despedí confortado por el estímulo espléndido de su ejemplo.

Mi conocimiento del personaje, fue, por lo mismo, sólo ocasional; limitado por la distancia geográfica y ceñido únicamente al prestigio que el maestro supo proyectar de su personalidad, aunque sin proponérselo.

Ello me coloca en una situación más que comprometida, en cuanto a cumplir con la honrosa encomienda de hacer su elogio. El intento, sin embargo, resulta menos temerario, merced al recurso de una nueva lectura de sus obras, y, más que todo, a la generosidad de múltiples amigos que me proveyeron de gran parte de la información necesaria. Para ellos mi gratitud.¹

BIBLIOTECARIO

Con qué fruición nos mostró siempre el acervo bibliográfico puesto "a su amoroso cuidado", como diría don Alfonso Reyes. Era innata en él su bibliofilia. Quienes le conocieron de cerca, aseguran que "desde niño contrajo cercano parentesco con los libros".²

En lugar preferente conservaba y mostraba con ufanía a sus amigos el *Silabario de San Miguel*, en que aprendiera a leer; el *Quijote*, en la diminuta edición de Calleja, regalo de su padre en su niñez, y otras preciosidades a las que tenía cariño entrañable. Para las postrimerías de su vida, había logrado formar "una de las mejores y más completas bibliotecas particulares del país".³ Ello a base de constancia y de una labor tesonera de muchos años. Era ésta, seguramente, la biblioteca que allá en los inicios de la década de los

¹ Me remitieron publicaciones e información de diversa índole, de San Luis Potosí, el Lic. Rafael Montejano y Aguiñaga; de Guadalajara el P. J. Eucario López, la maestra Carmen Castañeda y el Lic. José A. Sagástegui; y de Cajititlán, Jal., el P. Luis Méndez L.

² Alberto Rosas Benítez, *el al. A la memoria del maestro José Cornejo Franco*. Guadalajara, Colegio Internacional, 1978. 60 p., p. 27.

³ Francisco Ayón Zéster. "Universidad y cultura". *El Occidental*, Guadalajara, miércoles 28 dic., 1977.

treinta, uno de sus discípulos y admiradores, Adalberto Navarro Sánchez, contemplaba tras las ventanas de una casa de la calle de Juan Manuel. Veía también allí —refiere— a un hombre que "haría de la palabra un instrumento, de la enseñanza un arte útil".⁴

El maestro José Cornejo Franco abrevó las primicias culturales en el Colegio López Cotilla. El Instituto San José le tuvo entre sus alumnos; y había sido, además, estudiante muy aventajado en la Escuela Preparatoria de Jalisco. Ello no obstante, él mismo se consideraba un autodidacta, formado en la lectura metódica y continuada.

Fue bibliotecario por vocación. Ya desde sus días de estudiante el Arq. Agustín Basave, director de la Preparatoria, le había encomendado la dirección de la biblioteca del plantel (1920-22). Sólo aceptó entonces la primera quincena, para "...comprar algo a mis padres con mi primer dinero" — dice. Su retribución posterior habría de ser destinada a la adquisición de libros de la misma biblioteca.⁵

Años más tarde tuvo a su cargo temporalmente la dirección de la Biblioteca Pública del Estado (1930-31). Su paso por tan importante centro de estudio fue entonces efímero y apenas si quedó en buena intención lo que se había propuesto realizar. En un ensayo suyo: "La literatura en Jalisco", redactado en 1936, se dolía del mal servicio de las bibliotecas públicas. Con su proverbial ironía y franqueza las llamaba "...museos bibliográficos en harto desorden, frecuentemente en manos de cretinos cuando no de bibliopiratas"⁶

No exageraba en cuanto al favoritismo imperante para las designaciones. Un ilustre paisano suyo, don José Ramírez Flores, refiere que por esos mismos años un director visitante recorría el depósito de libros y que, al leer en los lomos coloniales en pergamino: *Opera omnia*, preguntó:

⁴ Adalberto Navarro Sánchez. "José Cornejo Franco bajo mi tiempo que lo dibuja". *E: Caétera*, Guadalajara, no. 20 [54] abril-junio, 1971. p. II.

⁵ Citado por Mario A. Aldana Rendón. "Maestro José Cornejo Franco". Entre vista. *Revista de la Universidad de Guadalajara*, no. 5, marzo 1978, p. S.

⁶ *Boletín* de la Junta Auxiliar de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Guadalajara, 18 abril 1936, t. xv, no. 8, p. 113.

⁷ Citado por Fernán Gabriel Santoscoy Faudón, en "La Biblioteca Pública del Estado". *Estudios Históricos*. Guadalajara, 1978, no. 5, p. 27.

"¿también tienen óperas?", y que don Luis M. Rivera, con fina ironía le contestó: "¡Sí, arriba están las zarzuelas !" ⁷

Nuevamente habría de ser llamado a ocupar la dirección de la Biblioteca Pública del Estado, en 1949; esta vez para servirla fielmente hasta su muerte. Sustituyó en el cargo a otro erudito bibliófilo de incuestionables valimientos: Ricardo Covarrubias; maestro, periodista, orador, político e historiador; otro de los destacados valores humanos con que Jalisco se ha empeñado en favorecer a Nuevo León, para reforzar la cultura del noreste. ⁸

Aquilatar la obra del maestro Cornejo Franco en la Biblioteca, o como director del Instituto de Bibliotecas de la Universidad de Guadalajara, cae fuera de las limitaciones de esta modesta exposición. Nos concretaremos a subrayar algunos aspectos. Y nuevamente hemos de elogiar al bibliófilo – "bibliófago", diría él".⁹ Su mesa misma de trabajo fue siempre un constante hacinamiento de libros; tantos que quedaba sólo libre la tablilla deslizante para poner la máquina de escribir.¹⁰ Allí añoraba los pintorescos lugares de venta de libros de viejo en el Mercado Alcalde, el Pifas, Fortino Jaime y otros.¹¹

Su semblante irradiaba alegría al mostrar a visitantes y amigos la excepcional riqueza de "su" Biblioteca. Parecía remirarse en la prodigiosa colección de folletería de las misceláneas, procedentes de seminarios y conventos; o en la serie, miscelánea también de folletería, recopilada en más de 800 volúmenes por el Centro Regional de Occidente del INAH y de valor inestimable para el investigador.

⁸ Ricardo Covarrubias. n. Lagos de Moreno, 1895, m. D. F., 1972. Residió en Monterrey desde 1947. Subdirector de *El Norte* y director de *El Día*. Publicó: *La Foz de Zaragoza* (1962), *El triunfo de la República* (1967) y *Año de Juárez* (1972). Autor de *Las Calles de Monterrey*, *Gobernantes de Nuevo León*, etc. Catedrático. Obtuvo la Medalla "Alonso de León". Donó su biblioteca, 5,000 libros, a la Universidad.

⁹ Francisco Ayón Zéster, *loc. cit.* (vid. nota 3).

¹⁰ Ignacio Villaseñor V. "Libros de viejo". *Estudios Históricos*. Guadalajara, 1978, no. 5, p. 8 ss.

¹¹ *Ibid*

Se echaba de ver su gozo interior al mostrar las ediciones raras. Deshacía en elogios para la encuadernación, los grabados, los cantos, las guardas, las capitulares, etc. Cuando da razón de los noventa y seis libros corales que atesora la Catedral los describe sintiéndolos: ". . . con sus tapas de madera, claveteados sobre las vaquetas y con sus cantoneras y cierres de bronce (ornamentados) los pergaminos y vitelas, ya con cierta rudeza popular o bien con magistral desarrollo de lazos, roleos, ajaracas, arabescos y florones en las grecas, orlas y miniaturas realizados con barroca inventiva...
..."¹²

Con verdadera devoción dijérase que acariciaba cada volumen, y, "con sus manos de abad renacentista" —según las describe el cronista don Juan López Jiménez— "abría las hojas con cuidado de oftalmólogo";¹³ o se solazaba, en fin, con el contenido de la Biblioteca, citando ediciones notables, y —según expresión suya— "mil y mil portentos más, para deleite de bibliófilos y provecho de estudiosos".¹⁴

Esta acendrada estima por los libros dio origen a que los cuidara con celo tan extremado, que muchos llegaron a calificar, injustamente, de egoísmo. "Sentado en su viejo sillón estratégicamente ubicado en el ángulo sureste de la biblioteca —dice uno de sus panegiristas— contempla por un lado quienes entran a su despacho, y por otro revisa siempre una larga galería toda repleta de volúmenes".¹⁵

Nunca vio con buenos ojos el sistema de préstamo a domicilio, por carecer la Biblioteca de ejemplares duplicados suficientes. Consideró que el valor del libro es relativo, por cuanto a que aquel que es valioso para uno, no lo es para otro; y que "es el investigador el que propiamente da algún

¹² José Cornejo Franco. *Reseña de la Catedra¹ de Guadalajara*, Guadalajara, Imprenta Vera, 1960. 164 más 23 fotos. p. 92.

¹³ Juan López Jiménez. En: *A la memoria del maestro...* (vid. nota 2), p. 8

¹⁴ José Cornejo Franco. *La Calle de San Francisco*. Guadalajara, Banco Industrial de Jalisco, Talleres de Artes Gráficas Nacionales, T94.5. 250 p., más so jis. s/n; p. 77.

¹⁵ Francisco Ayón Zéster. "José Cornejo Franco en su dimensión". *Et Caétera* (id. nota 4), p. 17.

¹⁶ Mario A. Aldana Rendón. "Maestro..." (vid. nota 5), p.

¹⁷ *Ibid.*, p. 5.

¹⁸ *Ibid.*

tipo de valoración".¹⁶ Ello no obstante se mostró siempre celoso por evitar posibles saqueos o mutilaciones, aun del investigador más eminente; sobre todo en ejemplares únicos.¹⁷ Su celo fue encaminado invariablemente a la superación del servicio. Hizo que la Biblioteca laborara dos turnos ininterrumpidos, de 9 a 9, de lunes a sábado. Cuando la superioridad opinó que al personal se le diesen los jueves, el maestro se opuso alegando que se debería trabajar los domingos y arguyendo que si se les quería mejorar se les aumentara el sueldo.¹⁸ Este afán de atención quedó de manifiesto cuando realizó el traslado de los 300,000 volúmenes de la Biblioteca, sin interrumpir el servicio; no habiéndolo verificado en años hasta conseguir absoluta seguridad contra la falta de ventilación, la humedad etc., en el nuevo edificio.¹⁹

Pionero de estas disciplinas en nuestro país, sentó bases y señaló rumbos. Jamás hizo alarde, sin embargo, de ser un técnico o un profesional: bibliotecólogo. Constantemente estuvo al día de las innovaciones en la materia. Sabía de la existencia de los últimos manuales de clasificación y tratamiento del libro, y mantuvo relación perseverante con instituciones y personas especializadas. Concurrió a las ferias del libro y estuvo en los más relevantes eventos bibliográficos. Invitado por el gobierno norteamericano hizo un provechoso recorrido por las más importantes bibliotecas de los Estados Unidos.

Hombre de vasta cultura general tuvo siempre la respuesta y la orientación adecuadas a las consultas de numerosos investigadores, nacionales y extranjeros. Dominaba los temas bibliográficos. En su estudio: "Ex: libris" analiza los más curiosos, individuales o de conventos y monasterios; recoge sentencias de bibliofilia e historia del libro, salpicando su exposición con alusiones irónicas y festivas a bibliófilos extravagantes que adquieren los libros por metros o por colores.²⁰

Quienes estuvieron más cerca de él coinciden en que era "consultado

19 Santoscoy Faudón. "La Biblioteca..." (*vid.* nota 7), p. 27.

20 José Cornejo Franco. "Ex libris". *Estudios Históricos*. Guadalajara, p. 12-19.

21 Rosas Benítez. *Ibid.* (nota 2), p. 30.

como un libro abierto", o como un "catálogo viviente".²¹ Sin rayar en lo hiperbólico, alguien expresa: "...es un mago. Es un virtuoso, está enterado de todo y por todo...", y, concluye: "es el saber en sí".²²

Y no sólo clasificó libros con acierto. También puso particular empeño en la organización de la hemeroteca, cuidando de los periódicos y demás publicaciones locales y nacionales, consciente de su valor como fuente de investigación.

En su calidad de historiógrafo supo también fomentar y enriquecer la sección de manuscritos de la Biblioteca. Limpió, clasificó y catalogó los existentes y concentró en ella valiosos fondos documentales a punto de perderse, como el Archivo del Supremo Tribunal de Justicia, con inapreciable información desde el siglo XVII.²³ Logró hacer de ese centro de estudio uno de los más importantes de provincia. Su entrega absoluta por casi cuatro décadas al quehacer bibliográfico, hizo, en fin, de él y de la Biblioteca, "una sola institución".²⁴

EL LITERATO

Esbozados estos vagos perfiles de don José Cornejo Franco en una de sus facetas, más destacadas, la del bibliotecario, veámosle ahora bajo otro de los ángulos que le identificaron; el de literato.

El mundo de los libros ensanchó el horizonte universal de sus conocimientos, extremó su sensibilidad y le hizo humanista de raigambre profunda.

Su vocación por las letras se advierte desde su infancia. Muestra elocuente lo es el afecto al paternal obsequio del *Quijote*, en la edición minúscula de Calleja.

El P. Luis Méndez Laureano, sabio, sencillo y bondadoso párroco de Cajititlán de los Reyes, en un excelente ensayo sobre este aspecto, consigna la referencia a la presentación hecha por don Francisco Cornejo, su tío, a Federico Gamboa. Habla de su amistad con Enrique González Martínez y refiere cómo al ser presentado por éste a Amado Nervo, el bardo Nayarita se produjo en elogiosos conceptos para el joven estudiante y lo calificó de

²² Francico Ayón Zéster. *Ibid.* (nota 15), p. 18.

²³ Mario A. Aldana Rendón (*id.* nota 16), p. 11.

²⁴ Rosas Benítez. *Ibid.* (nota 2), p. 31.

"muy entendido en literatura".²⁵ Dijérase que el tío don Francisco se constituyó en impulsor de aquella vocación incipiente, puesto que le llevó a Veracruz a conocer al poeta Díaz Mirón. El mismo P. Méndez alude a la amistad del joven Cornejo con los poetas españoles Villaespesa, Díaz Canedo y otros, y cita las proféticas expresiones epistolares de Genaro Estrada al decir: "Este joven llegará lejos, es muy culto".²⁶

Sus ansias de conocimiento le hicieron "lector omnívoro".²⁷ Se observa, sin embargo, método en la selección. Con evidente gusto por el helenismo, se nutre en las lecturas de los clásicos griegos y latinos. Tiene marcadas preferencias por los genios de la literatura española y mexicana, que han de forjarlo, ya lo dijimos, en el humanismo más genuino. Demuestra, además, su preocupación por comunicar y compartir esta inquietud literaria. Es así como, siendo un adolescente, empieza a descollar como uno de los elementos más asiduos en los grupos literarios. "Durante varios años —expresó ante esta misma ilustre Academia don José Ignacio Dávila Garibi, al contestar su discurso de ingreso— fue el benjamín de las reuniones intelectuales de edad propecta que periódicamente se reunían en la librería de Fortino Jaime".²⁸

Uno de estos círculos fue la sociedad literaria "Enrique González Martínez" (1919-20). Convivió después con Gómez Robledo, Mora Gálvez, Cueva, Gutiérrez Hermosillo, Palacios, Guerrero Galván, Agustín Yáñez y otros, en el grupo "Sin Número y sin Nombre", que tuviera como portavoz a *Bandera de Provincias*; en el grupo "Ariel", formado por los Leñero, Landázuri, Quintero, Muñoz, etc.; o en el Centro Bohemio, con Martínez Valadez, Díaz de León, Zuno, Ixca de la Cueva, etc.;²⁹ y en el grupo "Índice" y en aquellas otras peñas literarias que en la fonda de

²⁵ Luis Méndez Laureano. "De tu raíz y tu fronda". En: *A la memoria...* (vid. nota 2), p. 41.

²⁶ Carta al Arq.. Agustín Basave. Citada por el P. Luis Méndez Laureano en *Ibid.*, p. 42.

²⁷ Juan López Jiménez, citado por Enrique García Ruiz. "Cornejo Franco o de la placidez". El *Caétera* (id. nota 4, p. 123). También le llama "lector omnívoro" Alberto Rosas Benítez en: *A la memoria...*, p. 27.

²⁸ Dávila Garibi. "Contestación..." En: *Memorias* de la Academia Mexicana de la Historia, 1950, p. 369.

²⁹ Estos nombres de los grupos y de sus miembros los cita Agustín Yáñez. "Libros de historia. *Guadalajara Colonial*". *El Nacional*, México, D. F., sept. 1939.

³⁰ Enrique García Ruiz. *Ibid.* (nota 27), p. 122.

Valentina, la Copa de Leche, etc., tenían charlas encauzadas por consagrados.³⁰

Sus primicias literarias tuvieron cabida en la revista estudiantil *Bohemia*. Publicó después sus mejores estudios, artículos y ensayos en *Bandera de Provincias* y escribió también para *Ecos*.³¹

Su vasto conocimiento literario y su agudeza crítica se advierten, entre otros trabajos, en los prólogos a *Leyendas y romances*, de Aurelio L. Gallardo (1952); *La medusa y otros cuentos*, de Elvira Párraga (1962); a la *Descripción poética...*, del Br. Pedro Colazo (1972); el avance acerca del prólogo a *Bernardo de Balbuena* (1972) y el prólogo a *Cuentan...*, de Luis Sandoval (1974); pero, más que todo, en su conferencia: "La literatura en Jalisco", erudito ensayo de veintiuna páginas, en el cual hace un concienzudo análisis del poeta Bernardo de Balbuena y de los cronistas Mota Padilla y Tello; amparando sus asertos con 37 notas.³²

LINGÜISTA

Cabe aquí consignar su inteligente inclinación y su rara habilidad hacia los estudios lingüísticos. Un apreciable ejemplo lo tenemos en su prólogo a los *Estudios gramaticales de la lengua cora*, del P. Aniceto M. Gómez, su antiguo maestro de griego, cuyo manuscrito descubrió y publicó en 1935.³³ Por otra parte, es fama que "no ignoró el buen francés y se hacía entender en inglés".³⁴ Su sabiduría y su prestigio en estas disciplinas le llevaron a pertenecer al Instituto Mexicano de Investigaciones Lingüísticas y a la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente, en Guadalajara, de la Española.

CONVERSADOR

³⁰ Enrique García Ruiz. *Ibid.* (nota 27), p. 122.

³¹ El P. Luis Méndez publica una de las mejores bibliografías de Cornejo Franco en *A la Memoria...*, p. 37-52. Véanse también: Armando Gómez Escoto. "Bibliografía del Profesor José Cornejo Franco", *Estudios Históricos*, no. 5, p. 37-38; y Mario A. Aldana Rendón (*vid.* nota 16), "Curriculum", p. 4-15.

³² *Id.* nota 6, p. 113-134.

³³ México, UNAM, 1935. (Biblioteca Lingüística Mexicana).

³⁴ Luis Méndez Laureano (*id.* nota 25), p. 41.

Su dominio del idioma, aunado a un carácter cordial, franco y abierto, hicieron de él un conversador de atrayente simpatía. Era de aquellos a quienes se prefiere oír, mejor que hablarles.

En lo personal conservamos vivo el gratísimo recuerdo de las ya mencionadas oportunidades que tuvimos de conocerle en este aspecto. Hay, por fortuna, numerosos testimonios, orales y escritos. De su amplitud cultural, surgían infinidad de temas. En tono un tanto agudo se dice que podía abordar "todo lo divino y humano".³⁵ Serio y de corrección impecable, solía serlo en los asuntos graves. La frase chispeante, ingeniosa, festiva, aguda y hasta hiriente, en los informales. "Entre fumarolas y fumarolas salían a flor de labio una y mil anécdotas, incontables datos y profundas reflexiones".³⁶

Sabía, como suele decirse, "vida y milagros" y todos los secretos de la ciudad. "Quien pretenda... [descubrirlos] —afirma Agustín Yáñez— necesita pasar por la tertulia de Cornejo Franco" —y, añade— "él es una perpetua tertulia".³⁷ Conversar con él —afirma el periodista Aldana Rendón— era "realizar un viaje fructífero entre la erudición y la modestia".³⁸

Aunque, por supuesto, no para todos habría de tener esta atracción extraordinaria. Para algunos, los que tal vez se acercaron a él con imprudencia, pareció ser de carácter fuerte e intratable. Porque, no cabe la menor duda, Cornejo Franco hacia honor a su segundo apellido. Solía decir las verdades se tratara de quien se tratase, así fuera rector, gobernador o cualquiera otro —nos dice el cronista don Juan López Jiménez.³⁹

"Sabía —afirma don Francisco Ayón Zéster— de la verdadera dimensión de la obra humana y fue perfecto apreciador de la capacidad de los demás. Por esta razón —agrega— con todo derecho se rió de los ineptos, satirizó a los pedantes...";⁴⁰ sujetándolos a su "derrumbadora ironía"⁴¹ Era seco, cortante, lapidario, cuando le tocaban a quien él quería; nunca buscó pero siempre le encontraron".⁴²

³⁵ Juan López Jiménez. En *A la memoria...*, p.14.

³⁶ *Ibid.*

³⁷ Agustín Yáñez. "Libros de historia..." (*vid.* nota 29).

³⁸ Mario A. Aldana Rendón (*Id.* nota 5), p. 5.

³⁹ Juan López Jiménez (*Id.* nota 35), p. 16.

⁴⁰ Francisco Ayón Zéster. (*Id.* nota 3).

⁴¹ Francisco de Jesús Ayón Zéster. En: *A la memoria...* P. 22.

⁴² Juan López Jiménez. (*Id.* nota 35), p. 17.

Cuando alguna vez alguien le inquirió sobre la actividad de la Biblioteca, mitad en broma mitad en serio repuso: "...aquí trabajamos mucho, salvo cuando llega alguien como usted a hacernos perder el tiempo".⁴³

HISTORIADOR

Fue el maestro Cornejo Franco un legítimo humanista. A la profundidad de conocimientos hasta aquí señalados, hemos de encontrarle cultivando otra de las disciplinas más universales y humanas: la historia.

Su vocación hacia estos estudios es advertida también desde su adolescencia. Ya un comentarista de su obra subraya el posible impacto causado en su mente infantil al visitar, con su abuelo, la biblioteca de don Luis Pérez Verdía.⁴⁴ Le tocó vivir la etapa de transición del mundo del porfiriato, abatido por la vorágine de la Revolución, que conmocionó también las ideas y las cosas. "Altivo y alteño", se ufanaba de su origen, y, "orgullosa de su estirpe... quizá por ello siempre hurgó en el pasado, para enseñar que quienes forjaron este México fueron grandes varones".⁴⁵

Sin pretender ser exhaustivos, intentaremos aquí una rápida y defectuosa clasificación de su producción historiográfica.

En primer término, la que está diseminada en forma de artículos, ensayos, reseñas bibliográficas, etc., en la *Gaceta Municipal*, el *Boletín* de la Junta Auxiliar de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, en *Revista de Revistas*, y en los periódicos locales y nacionales. Convendría recoger esta obra dispersa e integrar con ella un utilísimo volumen.

Vendrían luego sus ensayos sobre Jalisco en general. Dos son de orden cultural "La imprenta en Guadalajara", publicado en 1936⁴⁶ y el ya mencionado "La literatura en Jalisco", conferencia pronunciada en el Palacio de Bellas Artes, en ese mismo año, en la Semana de Jalisco.⁴⁷

Y otro referente a una época: "Jalisco desde la Independencia a la Reforma", escrito en 1959 y que el P. Méndez conceptuó como "uno de sus estudios más sabrosos", logrado con notable agilidad y experiencia.⁴⁸

⁴³ Mario A. Aldana Rendón (*Id.* nota 5), p. 5.

⁴⁴ Rosas Benítez. En: *A la memoria...*, p. 27.

⁴⁵ Juan López Jiménez. (*Id.* nota 35), p. 17.

⁴⁶ Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1936.

⁴⁷ Luis Méndez Laureano. (*Id.* nota 25), p. 48.

⁴⁸ *Ibid.*

Produjo también diversos trabajos de carácter biográfico. Los más significativos: la semblanza de Fr. Antonio Alcalde (1935);⁴⁹ la de "Un cronista de Guadalajara, Aurelio L. Gallardo", con riqueza de información genealógica; ciencia auxiliar de la historia "que siempre dominó [y] la desarrollaba con encanto".⁵⁰ Y su estudio sobre "Fray Luis del Refugio de Palacio y Basave", que presentó como discurso de recepción en esta ilustre Academia, en 1950.⁵¹ Independientemente de trazar la vida de este franciscano insigne, analiza en detalle su estilo y ofrece un breve y magistral retrato, con precisión de conceptos, acabando por remitir al lector a los tipos pintados por Zurbarán o por el Greco.⁵²

Apartado importante lo forman las obras en las cuales dio a la luz pública documentos valiosos. Conocedor de las bibliografías de Eguiara, Beristáin, Osores, León y otros, va tras la huella de los viejos cronicones; hace el señalado hallazgo de los manuscritos que estuvieron a punto de desaparecer; los publica, los analiza y descubre noticias absolutamente desconocidas. A algunos de estos manuscritos —dice el propio Cornejo Franco— les sigue el rastro desde que pertenecieron a la rica librería de algún prelado eximio, "hasta que por herencia vienen a parar al poder de unas señoras de perfecta ignorancia".⁵³

Por no ser prolijos citaremos aquí sólo algunos: *Crónica de la Provincia de Santiago de Xalisco*, de fray Mariano Torres (1939); *Testimonios de Guadalajara* (1942);⁵⁴ *Papeles tapatíos, 1. Documentos referentes a la fundación, extinción y restablecimiento de la Universidad de Guadalajara* (1942);⁵⁵ *Papeles tapatíos, 2. Introducción del agua en Guadalajara* (1942)⁵⁶ y la *Crónica miscelánea de la Santa Provincia de Xalisco*, de fray Antonio Tello (1942).

Editó también las *Ordenanzas para aprovechar las cofradías de los que an de servir en el ospital*, de fray Alonso de Molina; y *Razón del estado que tenía esta provincia de Xalisco en el año de 1761*, por fray Miguel Nájera y fray Miguel Naranjo.⁵⁷ Ya en los últimos años (1972) el Colegio Internacional le imprimió, prologadas por él, la *Descripción*

⁴⁹ *Ibid.* p. 45.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 48.

⁵¹ Leído en la sesión del 8 de mayo de 1950. Publicado en: *Memorias de la Academia*, 1950, p. 355-367.

⁵² *Ibid.*, p. 367.

⁵³ Prólogo a *Ordenanzas...*, de Fr. Alonso de Molina.

⁵⁴ México, UNAM, Imprenta Universitaria, 1942. 185 p.

⁵⁵ Universidad de Guadalajara, 1942. 76 p.; 2 a. ed., 1972.

⁵⁶ Guadalajara, Imprenta Universitaria, 95 p. El estudio sobre la *Introducción del' Agua...* comprende hasta la p. 39; de ésta en adelante, la: *Acción gratulatoria...*

⁵⁷ Guadalajara, Librería Font, 1975. Edición de 75 ejs.

poética catálogo curioso de los ilustrísimos señores obispos..., obra escrita en verso en el siglo XVIII por el bachiller Pedro Colazo;⁵⁸ y *Vida y coloquio del siervo de Dios San Alejo* (1974).

Todas estas ediciones van anteceditas de eruditos prólogos y anotaciones, con fundamento en las mejores fuentes, sin prescindir de la noticia sobre las medidas, calidades, interpolaciones, notas, fragmentos de versos latinos, etc.; añadiendo invariablemente la nota bibliográfica "para los no rellenos en la polilla de la erudición" —dice.⁵⁹

Explica, además, que hace estas ediciones "...para goce y envidia —y vaya si la hay entre los del gremio— de los atormentados por la bibliofilia".⁶⁰

Discúlpenos nuestro ineludible localismo, si nos detenemos aquí para decir que Nuevo León debe al maestro Cornejo Franco la edición integra de uno de los libros de sus autores más antiguos. Se trata de la *Acción gratulatoria...*, que agrega a la *Introducción del agua a Guadalajara*, y que escribió el Dr. Lucas de las Casas de la Mota y Flores, nacido en Monterrey en 1693 y que floreció, hasta su muerte, en la capital neogallega.⁶¹

Pero el filón más rico de la investigación histórica de Cornejo Franco, está consagrado a Guadalajara.

En 1938 vio la luz el libro *Guadalajara colonial*⁶² su obra más opulenta",⁶³ en opinión de autores graves y cuyo valor y escasez ameritó una segunda edición en 1970.

Es, en realidad, un libro magnífico. A su contenido sirven de corolario 50 grabados de los más espléndidos monumentos artísticos de la ciudad. El texto, aunque no muy amplio, profundiza en las vicisitudes iniciales de la población, con sus frecuentes traslados hasta su asentamiento definitivo. Al comentarlo don Agustín Yáñez observa que el autor "cuida de ir destacando los jalones determinantes en el proceso colonial de Guadalajara y coloreando deliciosamente el ambiente", y que logra retratos certeros de

⁵⁸ Guadalajara, 1972. 188 (Eds. Colegio Internacional, 7).

⁵⁹ Prólogo a *Ordenanzas...*

⁶⁰ *Ibid.*

⁶¹ Murió en Guadalajara después de 1742. Doctorado en ambos derechos por la Universidad de México. Canónigo doctoral de la Catedral metropolitana. Cura de Saltillo. Canónigo de la Catedral de Guadalajara. Orador, poeta y jurista. Autor de carias obras.

⁶² Guadalajara, Imp. Font, 1938 (c 1939), 47 p. más 50 ils. Fuera de texto (Ed. Cámara Nacional de Comercio e Industria de Guadalajara).

⁶³ Luis Méndez Laureano. *Loc. Cit.*, p.46.

personajes, particularmente de Nuño de Guzmán, y se refiere a aquéllos "como si hubiere bromeado con ellos y participado en sus empeños".⁶⁴

En este y sus demás escritos ha de recurrir a un estilo adecuado a cada época de que se ocupa. Predominando en su obra los temas coloniales, adopta un lenguaje en el cual se antoja estar leyendo a viejos cronistas. Incorpora textos de arcaicas relaciones, declaraciones, testimonios de viajeros, etc., que ensamblan perfectamente con lo suyo. Aplica expresiones populares y de aguda ironía, como cuando dice que: "Sucede que nuestras leyes son como el francés: se escriben de un modo y se pronuncian de otro".⁶⁵ O, al hablar de la desamortización, cuando afirma que "los bienes de manos muertas... fueron para las manos vivas".⁶⁶ Su prosa —opina López Jiménez— "sabía a antaño y a hogaño, era tersa, abierta, elegante; por entre ella se podía ver el rescoldo de los infolios y cricones como los matices de francesas letras."⁶⁷

En el colofón de su *Guadalajara colonial* se lee esta nota "El autor acusa su culpa. Siguió textualmente a cronistas e historiadores conservando el sabroso estilo de antaño, sin preocuparse de las 'uñas de gato'. Conste".

Siguiendo este estilo y conociendo la vida recoleta y provinciana de su amada ciudad, la describe: "... el rosario y la merienda; recogerse pronto y levantarse temprano para tener más tiempo de no hacer nada; la misa y el almuerzo, la murmuración, la comida, la siesta y el chocolate, la tertulia y el rosario... su misa, su rosario y su pecado mortal todos los días... y nada más." (*Párrafo reproducido por Agustín Yáñez*).

Siete años más tarde, en 1945, dio a la estampa su bella obra: *La calle de San Francisco*.⁶⁸

Es este trabajo, a nuestro juicio, en el que mejor puede apreciarse su profundo conocimiento del pasado de la ciudad y su reconocida categoría de historiador.

Al reconstruir la trayectoria del convento y darnos su descripción y la de la calle a la que éste dio nombre, nos da "el santo y seña" de cosas y sucedidos. Refiere las tareas apostólicas de los religiosos, o los "piques" y

⁶⁴ Agustín Yáñez. "Libros de historia..." (*Id.* nota 29).

⁶⁵ *La calle de San Francisco*, p. 24.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 79.

⁶⁷ Juan López Jiménez (*Id.*, nota 35), p. 18.

⁶⁸ *Ibid.* nota 14

“controversias” de sus comunidades con el poder civil. Hace retratos fidedignos de frailes de paupérrimo sayal, por cuya vida austera y contemplativa les vieron en más de un arrobamiento levantarse un palmo del suelo; o de los que “no tenían dice— pelos en la lengua” para tronar en sus predicaciones contra el relajamiento de las costumbres. Relata situaciones jocosas e ingenuas a la hora del refectorio, y describe el esplendor de las solemnidades religiosas o la algarabía de las fiestas profanas. Nos hace asistir a piadosas procesiones con el Santísimo, a cuya sola presencia se apagaba la quemazón de los portales; o a las de la Virgen de la Rosa, o al paseo del Pendón; y a las procesiones de gigantes y mascarones y a las recepciones de gobernadores, obispos y presidentes de la Real Audiencia. Revive el colorido de la indumentaria y el barullo de las vendimias y nos hace admirar las colgaduras, tapices, tápalos, espejos y jaulas que engalanaban los balcones. Pasa revista a acontecimientos que han de sucederse durante todo el XIX y las primeras décadas del XX, contando movidas historias de lugares y personajes, y sirviéndonos de habilísimo guía en el interior mismo de bancos, almacenes, fondas, patios y hasta recámaras.

El minucioso recorrido que comprende las cosas de la alta cultura, por la descripción de librerías e imprentas y por el repaso de acontecimientos de trascendencia, está salpicado, a la vez, con el gracejo de relatos animados y jocosos. Se detiene en “el portal de Pepa”, auténtica agencia de información; nos hace conocer a Chana Corona, “fea robusta y más que trigueña”; nos señala la casa de aquellos a quienes por flacos y largos apodaban “los Rieles”; se acuerda “del curioso motín” iniciado en casa de la Tuerta Ruperta; o de la ascensión aerostática de Tranquilino Alemán; alude a la autenticidad de la existencia de don Ferruco; nos pinta al vendedor de máquinas de escribir que demostraba su resistencia subiéndose en ellas; nos habla de la casa desprovista de puertas, de doña Nicolasa Luna, quien, por ser tan obesa, provocó el distico: “al interior de esta casa, ¿por dónde entra Nicolasa?”; hace alusión a la inauguración del cementerio municipal, cuando, ante el ofrecimiento de que no causaría derechos el primer entierro, llevan “al trote” —dice— el ataúd de un proletario, pero acabó por ganar la carrera el cortejo de un rico, que era conducido en carroza (reñida competencia que más bien pudiera corresponder a alguna crónica de Monterrey). Relata, en fin, un “cúmulo de noticias — según él— verídicas, pintorescas y hasta aburridas”; y se duele de no contar —advierte— “otras que por fuerza se quedan en la memoria y en el tintero”.⁶⁹

⁶⁹ *La calle...* p. 195.

⁷⁰ Cornejo Franco (*Id.* nota 12).

Otro de sus libros: *Reseña de la Catedral de Guadalajara*,⁷⁰ nos lo envió a Monterrey en 1960 autografiado de su puño; "con algo de beatería y algo de chismografía". Tras la dedicatoria al Cardenal Garibi, escrita por el arzobispo coadjutor, establece el autor diversos apartados. Una "Noticia" breve sobre la historia de la ciudad; otro sobre "El Obispado. La Arquidiócesis", y uno con la cronología de los "Prelados de Guadalajara". Inmediatamente después dedica una amplia sección a "La primitiva Catedral. La Iglesia Chiquita y el Xacal Grande". Da pormenores desde sus inicios de su pobreza, etc., y registró excelente información sobre los primeros años de la vida religiosa en la ciudad. Continúa con otro apartado: "La Iglesia Nueva", iniciada en 1571; proporcionando magníficas referencias sobre memoriales al rey, pareceres, actividades de alarifes y maestros de obras, materiales, costos, etc.; y, lo que es mejor aún, las relativas al arte, a que aludiremos más adelante. No resiste la tentación de introducir pormenores de lances nada edificantes, tales como el de la disputa del obispo Ayala con el deán, a quien aquél llegó a tener asido de los cabellos; o a la que sostuvo contra el oidor Contreras, quien amenazó al prelado con 200 palos si echaba a su mujer de donde ella quería sentarse; y, no conforme con tal amenaza, le comparó con un asno. "No inventamos —aclara el autor— así lo informó el Cabildo Eclesiástico..."⁷¹ en 1570. O refiriendo, con lujo de detalles, los pleitos promovidos por quisquillosos caballeros, por no guardárseles las honras, preeminencias, tratamientos, privilegios, etc.; comentado: "no son datos clavados con alfiler; son gente que vive y se mueve en su época; con su altivez y sus ñoñerías, con sus preocupaciones y su genio, malo o bueno, pero muy suyo..."⁷²

Consagra hasta la página 79 a la historia misma del templo, para concluir el libro con una estupenda "Descripción y guía" de la Catedral. En ella nos muestra minuciosamente el monumento en su exterior, para conducirnos luego por el interior, a fin de puntualizar todo lo concerniente a las naves procesionales, así como al ciprés, el altar mayor, los altares laterales, etc.

⁷¹ *Reseña...*, p. 39.

⁷² *Ibid.*, p. 73.

HISTORIADOR DEL ARTE

En este libro, como en todos los demás debidos a su pluma, aflora claramente otra faceta fundamental: la del estudioso y conocedor profundo del arte. No en balde, la serie: *Monografías Mexicanas del Arte* le dedicó en 1946 el número 7 a su estudio *Guadalajara*, escrito cinco años atrás; con 135 páginas de texto en español e inglés y engalanado con 100 ilustraciones.⁷³ Cada uno de los monumentos coloniales, religiosos y civiles, está allí reseñado bajo los dos aspectos, el histórico y el artístico. La catedral —de que habría de ocuparse en su guía—; San Agustín, con su fachada de columnas dóricas y el claustro en ruinas; Santa María de Gracia, de interior dórico y retablos corintios; San Francisco, de que se entenderá ampliamente en su libro sobre la calle; la Compañía, etc. el palacio de gobierno, el hospicio, el museo, etc., son motivo de estudio breve, pero claro y completo.

Versado en el arte, insistimos, hace eruditas descripciones de estilo, usando la terminología apropiada. Al hablar de los colaterales de San Francisco, se queja del "furor antibarroco" del siglo XIX, "que comenzó la desventurada innovación";⁷⁴ aunque a la vez censura su "barroquismo desaforado y caprichoso de atormentado atrevimiento".⁷⁵

En su magnífica *Guía*, en la *Reseña de la Catedral*, habla, con conocimiento de causa, de pinturas y de pintores; de arquitectos y escultores; de plateros y bordadores, etc. Da noticias históricas y biográficas de casi todos y establece inteligentes comparaciones del estilo del máximo templo tapatío con el de las catedrales de México, Mérida, Puebla y algunas europeas. Analiza naves, bóvedas, linternillas, ábsides, arcos, medallones, machones, almohadillados, soportes, pilares, columnas, fustes, entablamientos, vanos, frisos, contrafuertes, etc.; con la precisión que da la autoridad de quien verdaderamente conoce; y su sensibilidad artística acaba por dar cuenta cumplida sobre custodias, cálices, cruces, cetros y demás vasos sagrados; o de casullas, dalmáticas, estolas, capas pluviales y otros ornamentos litúrgicos.

⁷³ México, s.p.i., CXXXV más 100 p. de ils. (La contraportada dice: 1945. El Colofón: Agosto de 1946).

⁷⁴ La calle..., p. 79.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 68.

MAESTRO

Su pasión por el estudio, su sensibilidad, sus vastos conocimientos enciclopédicos y su sólida formación cultural, fueron factores para que obtuviera un título, el más honroso de todos: el de maestro.

Le fue otorgado, primero, por sus amigos, por sus alumnos, por el pueblo mismo, que le llamaron invariablemente: el maestro Cornejo Franco. Y lo fue de hecho y de derecho; "no por necesidad sino por verdadera vocación".⁷⁶ "No por el narcisista ánimo de saber para él sólo, sino con el afán de transmitir y enseñar".⁷⁷ Por largos años fue catedrático de la Escuela Preparatoria y de la Normal de Jalisco; de los colegios Internacional e Italiano; de la Facultad de Derecho en la Universidad de Guadalajara; de la Escuela de Guías de Turistas, etc. Enseñó historia universal, de México y de Jalisco; general del arte y del arte en México; y literatura general, española y mexicana; y español. .

Por su magnífica labor docente de más de veinte años, en 1957 fue declarado: Maestro Vitalicio de la Universidad. En opinión suya, recogida por Rosas Benítez, la escuela es "fragua y yunque que procura la formación integral del hombre y es cuna de su destino".⁷⁸ En su "Carta sin sobre", dirigida a la juventud en ocasión a haber sido impuesto su nombre a la escuela secundaria de su natal Tepatitlán, en 1958, conceptúa a los estudiantes como "la grandeza futura", y les advierte que sólo se lograrán "con el saber y la fidelidad a la tradición".⁷⁹

Pero habría de enseñar "en y fuera de la cátedra, más en ésta que en aquélla".⁸⁰ Los lugares en que actuó fueron campo propicio para ello. Fue maestro en los antiguos círculos literarios, donde comunicó su saber con sus conferencias y sus intervenciones inteligentes y oportunas. Orientó y alentó la inquietud de grupos jóvenes, como el de "Alicama", en 1936; y aún accedió a dirigir la revista juvenil *Índice*, en afán de encauzar al grupo de este nombre. Se convirtió entonces y siempre, en un "descubridor de vocaciones, cristal que al menor contacto irradia su múltiple saber" —según la feliz expresión de Navarro Sánchez.⁸¹

⁷⁶ Dávila Garibi. "Contestación..." (*Id.* Nota 28), p. 369.

⁷⁷ Juan López Jiménez. (*Id.* Nota 35), p. 17.

⁷⁸ Rosas Benítez. (*Id.* nota 2), p. 32.

⁷⁹ Citada por Luis Méndez Laureano. *Loc. cit.*, p. 17.

⁸⁰ Juan López Jiménez. *Loc. Cit.*, p. 17.

⁸¹ *Id.* Nota 4, p. 15.

Fue maestro en el Museo, donde como subdirector, resolvió consultas, explicó estilos, promovió eventos culturales, fomentó inquietudes.

Fue maestro en la Biblioteca, señalando el libro adecuado, resolviendo dudas, proporcionando el dato, sugiriendo temas, encauzando lecturas, asesorando tesis, ayudando, en fin, a facilitar el estudio."⁸²

Fue maestro en la conversación y en la tertulia. Los centros culturales, en que se desenvolvía, se convirtieron siempre en foco de atracción y fueron el escenario del paso obligado de estudiantes, maestros e investigadores, y el del desfile de cronistas, rectores, periodistas y del mundo intelectual jalisciense.

Fue maestro, en fin, en la "mansa paz de su casa, palacio de la amistad y del saber", ⁸³ como la llama Enrique García Ruiz franqueando solícito su biblioteca a aquellos en quienes de veras veía un auténtico afán de estudiar.

Su huella se ve frecuentemente consignada por aquellos que en sus trabajos le mencionaron siempre con gratitud.

EL HOMBRE

Por sobre sus naturales fallas humanas, habrá de ser recordada siempre su ejemplar bonhomía. Nunca le ensoberbeció el autoconocimiento de su valer, ni le envanecieron los honores que le fueron justamente tributados. Tampoco se vanaglorió jamás del limpio prestigio conquistado en tan buena lid y que traspuso no sólo los límites de su amada provincia, sino los de la patria.

"Era feliz sirviendo". ⁸⁴ Supo practicar "la sencilla virtud de su amistad inestimable". ⁸⁵ Gustaba de estar pendiente de las adversidades o de las

⁸² Rosas Benítez. En *A la memoria...*, p. 31.

⁸³ Enrique García Ruiz. "Cornejo..." (*Id.* nota 27), P. 124.

⁸⁴ Luis Méndez Laureano. (*Id.* nota 25), p. 43.

⁸⁵ José Parrés Arias. "Reconocimiento". En: *Crónica Miscelánea...* de Fr. Antonio Tello. Libro segundo, vol. I. Guadalajara, 1968, p. XII.

alegrías de los demás. Así lo puntualiza en verso delicado el poeta Ramón Mata Torres: luz que más allá de ti da vida a extraños horizontes, rama de fruta sazónada siempre pendiente hacia el patio de la casa vecina.

Calladamente brindaba su ayuda, muchas veces sin que aquéllos lo advirtieran. Para quien era eficiente o tenía verdadera inclinación al estudio, no limitaba su ayuda a lo meramente intelectual; tomaba por su cuenta la manera de encontrarle algún medio que le proporcionara bienestar en la vida. Alguna vez encomendó a un estudiante necesitado el arreglo de cierta sección de su biblioteca particular, fingiendo la necesidad del acomodo sólo por remunerar al muchacho; aunque tuviera que alinear más tarde él mismo lo que aquél desordenó.⁸⁶

"Honesto hasta planos heroicos",⁸⁷ como lo define Parrés Arias, orientó hacia el bien a quienes se acercaron a él. Su trato invitaba a seguirle. Gradualmente se ganaba el afecto de todos. Había en él —expresa Enrique García Ruiz— algo que provocaba "admiración y familiaridad al mismo tiempo; que trasciende, pero que se oculta y no acertamos a descubrir qué es; que se disfruta, pero apenas se intuye; que se aspira, pero no se puede explicar, en las personas tanto como en las cosas; mezcla de nobleza y señorío, de espiritualidad y de bohemia, de envidia y de abolengo, de rigor intelectual y de placidez y desenvoltura; como el gusto de los viejos vinos y del lenguaje arcaico, que se saborea y se aprecia, en plan de intimidad y con el sentido de la eternidad de lo excelente".⁸⁸ "Fue, en suma —expresa don Francisco Ayón Zéster—, humano, profundamente humano y justo, cabalmente justo".⁸⁹ Lamentablemente, "como las cosas no sean eternas.../ un 26 de diciembre del año del Señor de 1977 /... llegó su fin y acabamiento, ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, o ya por disposición del Cielo..."; como en la historia del soñador hidalgo de la Mancha.

⁸⁶ Navarro Sánchez. (*Id.* nota 4), p. 16.

⁸⁷ Parrés Arias. *Loc. cit.* (nota 85).

⁸⁸ Cfr. Enrique García Ruiz, *loc. cit.* (nota 27), p. 125. Francisco Ayón Zster. *vid.* nota 3.

⁸⁹ Francisco Ayón Zéster. *vid.* Nota 3.

Muchos más testimonios podrían ser recogidos para perfilar al hombre bueno, al intelectual. Consideramos que los aquí glosados de manera tan imperfecta, son suficientes, si no para exaltarle, si para empequeñecer más aún a quien indignamente recibe ahora el privilegio de venir a ocupar el sitio de quien —al decir de Agustín Yáñez— fue "clave, resumen y esencia de Guadalajara".⁹⁰

⁹⁰ Agustín Yáñez. "Libros. ..", *cid.* nota 29.

Contestación y Bienvenida a Israel Cavazos Garza

Por *Wigberto Jiménez Moreno*

Me es muy honroso contestar el discurso de ingreso de mi amigo el profesor Israel Cavazos Garza como miembro de número de esta Academia. Con esmero y cariño nos esbozó la vida y la obra de José Cornejo Franco —a quien conocí en septiembre de 1932— y sería difícil superar esa semblanza trazada por un historiador regional para la valoración de otro.

Provinciano también —y a mucha honra, como Cornejo Franco y Cavazos Garza— quien esto escribe puede, por serlo, aquilatar lo que significó para ambos realizar fuera de esta metrópoli una labor historiográfica de tal alcance. Si aquí es, a veces, difícil encontrar un libro de indispensable consulta, imaginémoslo allá con la escasez de bibliotecas, o lo precario de ellas. Menos mal en Monterrey, porque la Universidad y el Tecnológico cuentan con excelentes acervos.

Nacido en la hoy Ciudad de Guadalupe —dentro de aquella área metropolitana— el 2 de enero de 1923, Cavazos Garza cursó allí mismo su Primaria entre 1930 y 1936. Tuvo un excelente maestro —D. Matías Cantú— y no parece haberlo influido la Escuela Socialista. En 1935 la contienda para elegir gobernador fue muy enconada, y el 29 de julio del siguiente año hubo un encuentro sangriento. El sexenio cardenista fue allá bastante agitado y, en 1939/40, la oposición cuajó en torno a Almazán. Entre tanto, una terrible inundación había castigado a Monterrey y pueblos aledaños el 28 de agosto de 1938. Este fue el trasfondo de su pubertad.

Al final de su adolescencia, Israel había reanudado sus estudios acudiendo a la Escuela Preparatoria Técnica de 1939 a 1941, donde tuvo un buen maestro de redacción: D. Andrés Saucedo. Hizo en el año siguiente —cuando contaba 19 de edad— su primer viaje a esta capital en el mes de agosto, con una excursión guadalupana, y admiró monumentos —como los del Zócalo y la Plaza de Santo Domingo— y visitó el Museo de Arqueología, Historia y Etnografía. Escribió una memoria, aún inédita, que revelará, tal vez, su asombro ante la señorial metrópoli —hoy tan maltratada— que ha sido cumbre, atalaya, espejo y síntesis de México.

Poco a poco había ido definiéndose su vocación por la Historia, particularmente la del Noreste y, en especial, la de su Estado natal. Desde su infancia indagaba datos genealógicos de su familia y leía viejos títulos de tierras aprendiendo, con la práctica, la paleografía. Ya en la Primaria — por 1933/34— había estudiado el "Catecismo geográfico, político e histórico de Nuevo León" de Hermenegildo Dávila (1881). A los 13 años — cuando cursaba el último de esa etapa, en 1936—, había abordado la "Historia de Nuevo León" de David Alberto Cossío, y, entre esta fecha y la de 1938, los libros de "Gonzalitos" sobre idéntico asunto. Este conocimiento se consolidó, en 1939, con la lectura de "Nuevo León, Apuntes históricos" (1938) de Santiago Roel y con la consulta, en esa misma data, del Diccionario de Leduc y Lara Pardo (1910). En 1940 conoció "Monterrey en la Historia y en la Leyenda" de Alessio Robles (1936) y en el mismo, o en el siguiente año, su "Coahuila y Texas en la Época Colonial" (1938), así como la obra de Alonso de León y sus continuadores (a la que dedicaría en 1961 una edición crítica). Todo esto conocía a los 18 de su edad.

Una tía suya —la maestra Sara Cavazos— lo incitaba a investigar la historia de su natal Villa de Guadalupe, lo cual emprendió Israel en temprana fecha consultando, desde 1939/40, la Biblioteca Pública regiomontana, donde le atraían los infolios en pergamino. Acudió en 1941 al Archivo Parroquial y al de la Catedral y ya en 1942/43 al Municipal. Desde el 7 de marzo de 1944 —a los 21 años— trabajó en éste y copió algunos documentos para Pablo Salce, a quien —lo mismo que a Santiago Roel (padre) y a José P. Saldaña— conoció entonces. Los dos últimos lo impulsaron y el primero de ellos le demostró particular afecto. Trabó amistad, al mismo tiempo, con Timoteo L. Hernández, y dos años después con Carlos Pérez Maldonado y Héctor González. Este, que murió en 1948 —lo mismo que David Alberto Cossío, que había fallecido en 1939, y Santiago Roel que sobrevivió hasta 1957— eran de la misma generación que Alfonso Reyes —la de los nacidos entre 1875 y 1889— mientras que Carlos Pérez Maldonado —miembro de esta Academia— y José P. Saldaña —cronista de Monterrey— pertenecen a la de los advenidos entre 1889 y 1903, y Timoteo L. Hernández a la de quienes vimos la luz entre 1904 y 1917. Así Israel, de estrato "proto-revisionista" —el de 1917 a 1930 habría de ser, durante muchos años, el benjamín de los historiadores de su Estado, pues tenía 21 cuando publicó su primer trabajo y contaba 34 en 1957 cuando alcanzó notoriedad con otro, triunfante en un concurso del Centenario del Colegio Civil.

En efecto, Cavazos había dado a luz, en 1944 —cuando ingresó al Archivo Municipal—, su primer artículo —"Páginas de Historia

Colonial"— acerca de la visita del gobernador Martín de Zavala a unas haciendas en el siglo XVII y en ese año fue recibido en la Sociedad Nuevo-leonesa de Historia, Geografía y Estadística (la que presidiría en 1967 y 1971). Durante 1945 y 1946 tuvo que trabajar en el Centro Patronal. Ya en 1947/48 investigó en el Archivo General del Estado para obtener la documentación que respalda su primer libro, aparecido en septiembre de 1949: "Mariano Escobedo el glorioso soldado de la República". En ese mes se reunió en Monterrey el Primer Congreso de Historiadores de México y los Estados Unidos, al que asistió como delegado.

Desde septiembre de 1948 hasta el verano de 1950 Israel estudió en El Colegio de México donde sus maestros fueron Silvio Zavala —que lo había llamado—, François Chevalier, José Miranda, José Gaos, Manuel Toussaint y Agustín Millares Carlo. Fue allí discípulo de Luis González, Luis Muro, Xavier Tavera Alfaro, Germán Posada, Ernesto Chinchilla Aguilar, Isabelita Gutiérrez del Arroyo, Emma Cosío y Luz María Frutos. En su amena crónica "La pasión del nido" el primero de éstos ha relatado lo que era la vida del Centro de Estudios Históricos. Ya reintegrado a Monterrey, Cavazos clasificó las actas de su ayuntamiento de 1600 a 1688 en la primavera de 1951 y aparentemente fue en este año o en el siguiente cuando empezó a enseñar Historia de México en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Nuevo León, en la que desde el 1o de febrero de 1952 quedó al frente de un Departamento de Historia creado por el rector Raúl Rangel Frías.

En noviembre de 1950 llegué a aquella ciudad para seleccionar y hacer fotografiar documentos en el Archivo Municipal. Volví en septiembre de 1951 para impartir unas conferencias sobre "El Norte de México: los indígenas, la colonización y la evangelización" y parece que a ellas asistió Israel, lo mismo que su coetáneo Eugenio del Hoyo, quien, desde hacía un año, se había arraigado allá. Propuse en esta ocasión al Rector Rangel Frías la compra de la excelente biblioteca Valverde y Téllez para la Universidad de Nuevo León y él actuó de inmediato adquiriéndola a los dos meses con ayuda de D. Carlos Prieto y D. Manuel Barragán, y —debidamente inventariada llegó allá desde aquí, un año más tarde quedando Cavazos como director de ella, hasta 1963.

Fue en 1951 cuando aparecieron su biografía de D. José María Parás — primer gobernador constitucional de ese Estado— y su monografía sobre el municipio de San Francisco de Apodaca, cada uno de ambos opúsculos con adecuada selección de documentos. Un trabajo más extenso, editado dos años después —que incluye una nómina de los miembros del cabildo

regiomontano desde 1596 hasta 1953 y una galería iconográfica de sus alcaldes desde 1820 hasta la última fecha— es "El muy ilustre ayuntamiento de Monterrey desde 1596". También entonces dio a luz "Juan Bautista Chapa, cronista anónimo del Nuevo Reino de León" con los resultados de una atinada búsqueda —casi detectivesca— que le permitió aclarar quién era el ignoto continuador de la "Historia" de Alonso de León. Surgieron en el mismo año, "Nuevo León en la Independencia" —que se refiere a la actuación de Mariano Jiménez, enviado .de Hidalgo— y "Nuevo León: La historia y sus instrumentos", excelente reseña de los archivos, bibliotecas, publicaciones y sociedades de historiadores de ese Estado.

Entre los años de 1954 y 1956 no parece haber publicado casi nada, pero ya en 1957 —en que ganó un concurso— salen "El Colegio Civil de Nuevo León"; y "Panorama histórico del Colegio Civil"; al año siguiente "Trayectoria del Colegio Civil", y en 1959 "La Virgen del Roble". Desde 1955 era Director del Archivo General del Estado —que tuvo que organizar poniendo gran esfuerzo— y es posible que las tareas de ese cargo y las de la dirección de la Biblioteca Alfonso Reyes —que incluye el Fondo Valverde y Téllez que él supo vigilar— requiriesen su tiempo y acaparasen su atención. Es notoria, en cambio, la abundancia de sus contribuciones desde 1957 hasta la fecha, sobre todo en la década de los sesentas. Al principio de aquel año murió Santiago Roel —quien lo estimaba tanto y de quien puede hoy tenerse como el heredero. Vive aún, con 83 años, Carlos Pérez Maldonado, cuyos libros de tema neoleonés se detienen en 1961, mientras los de José P. Saldaña —con 88 alcanzan hasta 1968. En realidad desde hace una década y media —o quizá desde 1960— es Israel quien acaudilla la actividad historiográfica en Nuevo León.

Más no todo había sido hasta entonces sólo "vida y dulzura": la pérdida de su padre en 1952 debió ser un golpe rudo del que tardó en rehacerse, y lo recuerdo tras ese duelo tímido y huraño. Aunque en menor grado, debió sentir en 1957 la muerte de Roel, que tanto lo había alentado. Sin embargo, lo ha venido apoyando desde 1949 hasta la fecha ese gran promotor de la cultura en su Estado —Raúl Rangel Frías— quien, gobernándolo en 1961, auspició la edición crítica —hecha por Cavazos de la "Historia de Nuevo León" de Alonso de León. Israel vino a ser, desde 1960, jefe de la Sección de Historia del Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad y en su excelente anuario "Humánitas" ha publicado importantes artículos. En 1964 dio a luz su "Cedulario Autobiográfico de Pobladores y Conquistadores de Nuevo León" y dos años después el primer tomo de su Catálogo y Síntesis de los Protocolos del Archivo Municipal de Monterrey" (del que dio a conocer un avance en 1955). El segundo no salió sino hasta 1973.

Entre tanto, Cavazos, que había visitado muchas regiones de la República —admirando ciudades monumentadas como Zacatecas en 1955— vino a ensanchar sus horizontes con un viaje a Europa en 1960, en que recorrió once países, y otro a Sudamérica en 1962, en que visitó Chile, Argentina, Uruguay, Brasil, Perú y Colombia. Después de esto en 1963 contrajo matrimonio, y pronto llegó a ser el padre de tres hijos. Y al gozo de su inicial paternidad se añadió, el 30 de noviembre de 1965, el homenaje que le rindió la Sociedad de Historia, Geografía y Estadística de Nuevo León por haber sido nombrado socio activo de la Academia Nacional de Historia y Geografía. Y en él, un patriarca de 74 años —José P. Saldaña— ungió con sus palabras encomiásticas al nuevo guía que aún no cumplía 43.

Había llegado, por tanto, la hora de los reconocimientos que se sucederían uno tras otro hasta culminar con su elección en 1978, como miembro de número de nuestra Academia. Previamente a este honor —que al conferírsele nos ha honrado— había sido presidente de la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística en 1967 y 1971, y de la Asociación Mexicana de Historia Regional de 1974 a 1976, y en este último año se le había designado como Director vitalicio del Archivo General de Gobierno en Monterrey. Ya antes, se habían celebrado, en esa metrópoli del Norte, en marzo de 1969, los veinticinco años transcurridos desde su "alta" como empleado en el Archivo Municipal.

¿Le llegaban estos homenajes sólo por el afecto de sus amigos o porque su obra de historiador lo había hecho acreedor a ellos? No hay duda de que ampliamente los merecía porque después de sus trabajos ya mencionados, alcanzó su producción mayor calidad, al mismo tiempo que se volvió abundosa, y buena parte de ella apareció en "Humánitas", en los dieciséis años siguientes, culminando en 1976 con sus extensas contribuciones a la Enciclopedia de México sobre "Estado de Nuevo León y Ciudad de Monterrey". Sólo quien, como él, había investigado en numerosos artículos y monografías la historia de esa entidad y de su capital en las diversas épocas y conocía a fondo su historiografía, su historia cultural, su historia religiosa y la biografía de sus grandes hombres, podía realizar —como lo logró— una certera y apretada síntesis.

Cuando se examinan los artículos publicados por él a lo largo de 35 años —entre 1944 y el presente— descuellan veintiuno de ellos que quisiéramos ver reunidos en una Antología porque tienen gran interés y amenidad y están muy bien escritos, lo que hoy —en esta época "post-letrada"— resulta poco frecuente. Son de diversa índole, y los hemos agrupado bajo cinco rubros que aquí sugerimos y que los incluyen:

I.- *Archivos e Historiografía:*

- 1.- La organización y funcionamiento de los archivos históricos. (1977).
- 2.- Juan Bautista Chapa, cronista anónimo del Nuevo Reino de León. (1953).
- 3.- Santiago Roel, Historiador. (1957).

II.- *Los hombres y la vida en el Nuevo Reino de León:*

- 4.- Algunas características de los pobladores de Nuevo León en el Siglo XVII. (1960).
- 5.- La obra franciscana en Nuevo León. (1961).
- 6.- Juan de Espíndola, sedicioso y cismático. (1970).
- 7.- El licenciado Francisco de Barbadillo Vitoria, pacificador y fundador de pueblos. (1963).
- 8.- Cirujanos en Nuevo León, en el XVIII. (1975).

III.- *Bárbaros y próceres de la Reforma en el Noroeste de México:*

- 9.- Las incursiones de los bárbaros en el Noroeste de México durante el Siglo XIX. (1964).
- 10.- Semblanza de Mariano Escobedo. (1967).
- 11.- La primera estancia de Juárez en Monterrey. (1972).

IV.- *Lengua y cultura en el Noreste de México:*

- 12.- El habla del Noreste en México. (1976).
- 13.- Esbozo histórico del Seminario de Monterrey. (1968).
- 14.- Panorama histórico del Colegio Civil. (1960).

V.- *Ciudades y Villas del Noreste de México:*

- 15.- Origen y progreso de Monterrey. (1963).
- 16.- La Plaza del Colegio Civil. (1960).
- 17.- Monografía de Guadalupe, Nuevo León. Esbozo histórico. (1965).

- 18.- El municipio de Santa Catarina en la Historia. (1966).
- 19.- La villa de San Carlos de Marín. (1965).
- 20.- Matehuala, jurisdicción del Nuevo Reino de León (1638-1718). (1973).
- 21.- Parras de la Fuente. (1971).

No podríamos citar aquí —además de los anteriores— sus innumerables artículos: uno sobre Nuevo León en general; otros sobre Monterrey en particular; algunos sobre diversos municipios de aquel Estado: otros acerca de la Historia Religiosa; bastantes de carácter biográfico; unos pocos sobre archivos y bibliotecas.

De sus obras más extensas, consideramos la más amena "El Señor de la Expiración del pueblo de Guadalupe" (1973). Otras son —por su misma índole— sólo de consulta, como el "Cedulario autobiográfico de pobladores" y el "Catálogo y síntesis de los protocolos" y, con mayor razón, las que en seguida citaremos: "Índice de reales cédulas relativas a Nuevo León" (1962); Fichas para una bibliohemerografía histórica de Nuevo León, 1960-1969" (1970); "Algunos impresos jaliscienses del Siglo XIX" (1970) y "Guía del Ramo Militar del Archivo General del Estado de Nuevo León (1797-1850)" (1971).

Así mismo, ha sido editor de varios libros como la atrás mencionada "Historia" de Alonso de León (1961) y el "Epistolario Zaragoza-Vidaurri, 1855-1859" (1962) y recientemente "Fray Servando: Biografía, discursos, cartas" (1977). Sabemos que hay también una edición suya— que no conocemos— de las cartas de Vidaurri con D. Juan Álvarez.

Tiene concluidos otros trabajos como su "Diccionario Bibliográfico de autores nuevoleonenses" y alguno está en proceso como su "Diccionario Biográfico de Nuevo León". Ha reseñado también "La ganadería y la gran Propiedad en el Noreste. Siglos XVII y XVIII" y tiene un estudio sobre la "Historia de la hacienda de San Lorenzo (de Parras)".

Puesto que no intentamos un *curriculum vitae* exhaustivo, omitimos su labor docente que ha sido fecunda—, los numerosos cargos que ha sabido cumplir; las sociedades a que pertenece, las conferencias que ha dictado, las reuniones de historiadores y de bibliotecarios y archivistas que ha promovido y aquellas a que ha asistido; los viajes que ha efectuado y las distinciones que ha recibido, todo lo cual apenas aludimos.

Mas, con lo ya expuesto se justifica ampliamente que nuestra Academia lo llamara a su seno y todavía más si se tienen presente no sólo sus méritos como investigador y escritor, como administrador y promotor cultural,

como maestro y conferencista, como archivista y bibliotecario, sino que se toman en cuenta su modestia y generosidad y desinterés, su eficiencia y laboriosidad y todo lo que lo hace —según la frase de Alfonso Escárcega, cronista de Chihuahua— "Un hombre fuera de serie", es decir lo contrario del "hombre-masa" cada vez más abundante. Lo describió hace tres años como "menudo de cuerpo, de pelo 'enchinado', de mirada ligeramente triste... joven de cincuenta años vividos y... dueño ya de la sabiduría de un anciano que hubiera vivido varias vidas". Por su parte, José P. Saldaña —hace menos de 24— lo perfilaba con su "carácter firme, una modestia natural, congénita, una simpatía abierta, un don de gentes sin artificios, y un olvido de sí mismo para entregarse a su labor en favor de los demás".

A este hombre esencial —como lo llamaría D. Ramón Méndez Pidal quisieron postular hace diez años para Alcalde de su Guadalupe natal y contestó "¿Yo alcalde? ¿A qué amigos pudo haberseles ocurrido fastidiarme en esta forma?... Públicamente agradezco la broma de mis incógnitos amigos y les pido que me dejen por ahora sin más título que el de 'Cronista de Guadalupe' con que me honrará el actual Ayuntamiento."

Es todo esto una muestra de la calidad intelectual, de la bondad y de la altura moral y el señorío de Israel Cavazos Garza —hombre del Norte al fin como Mariano Escobedo paisano, además, de Alfonso Reyes. Son estos los títulos que he invocado y ahora, a la vez como su amigo y en nombre de esta Academia le doy la más cordial bienvenida.